



CARTA PASTORAL

**TRANSPARENCIA
DE EVANGELIO**

Card. Daniel Sturla sdb

Arzobispo de Montevideo







INDICE

1 - Una Iglesia evangélica y transparente	7
2 - Una Iglesia “anunciadora”	10
3 - Una Iglesia que vive la comunión	13
4 - Una Iglesia participativa	17
5 - Una Iglesia servidora que se pone del lado de los últimos	20
6 - Una Iglesia ubicada en la sociedad plural en la que vivimos	23
7 - Una Iglesia capaz de hablar en un lenguaje comprensible	27
8 - Una Iglesia que celebra el Domingo	30







Montevideo, mayo de 2015
Solemnidad de San Felipe y Santiago
Patronos de Montevideo

Queridos Hermanos:

“Fijos los ojos en Jesús”, la hermosa expresión de la carta a los Hebreos es todo un programa de vida. Mirar a Jesús. Fijar en Él los ojos y el corazón. Se trata de no perder de vista, en el cúmulo de ocupaciones y tensiones de nuestra vida, en la hora de las grandes decisiones y en las opciones cotidianas, en el levantarse de cada mañana y en el final de la jornada, quién es el que puede dar sentido a nuestra vida, nuestro Amigo, Hermano y Señor: Jesús.

También como Iglesia en Montevideo queremos fijar los ojos en Él y preguntarle: ¿A qué nos invitas hoy a nosotros?

Quisiera compartirles algunas reflexiones, quizás sería mejor llamarlas algunas *“intuiciones fundamentales”* sobre nuestro caminar como Iglesia. Surgen de la oración y también del diálogo con algunos de mis colaboradores. Espero que alienten nuestra marcha en este momento hermoso y desafiante de la historia que el Señor nos regala vivir.

¿Cuáles son esas *“intuiciones fundamentales”* que nos pueden ayudar en nuestro caminar como Iglesia y que hoy quiero proponerles desde mi corazón como pastor?



EVANGÉLICA Y TRANSPARENTE





1 – Una Iglesia evangélica y transparente, que lo que busca es impulsar el encuentro personal y comunitario con Jesús Resucitado.

“Yo creo en Dios pero no en la Iglesia”. “Yo creo en Dios pero no en los curas”. Tantas veces escuchamos estas opiniones de muchos de nuestros compañeros de trabajo o de estudio, de mucha gente grande o joven. Y nosotros podríamos también suscribirlas. La Iglesia, los “curas”, al igual que los religiosos y los laicos, no existimos para mirarnos a nosotros mismos o para anunciarnos. La Iglesia es el pueblo, la asamblea, la comunidad, donde Jesucristo, vivo y resucitado, se hace presente en la historia. La Iglesia vive por Él y para Él. Lo anuncia, proclama su Palabra, celebra los signos palpantes de su presencia en los sacramentos, sobre todo hace actual cada día, en el altar, el sacrificio eucarístico.

La Iglesia, Pueblo de Dios, por la acción del Espíritu Santo, transmite de generación en generación, la memoria viva de Jesús en palabras y acciones, y da testimonio del amor de Dios en tantísimas obras que están diseminadas por toda nuestra ciudad, en especial en el servicio comprometido a los que más necesitan.

La Iglesia, al descubrir vivo y cercano a Jesús, nos abre al amor del Padre Dios, su deseo de que todos sus hijos conozcan su paternidad llena de ternura y misericordia. El Espíritu Santo es el animador de la vida de la Iglesia, como suave brisa que hincha las velas de nuestra barca y nos permite arribar a buen puerto.

Procuramos entonces ser constructores de puentes, y no de murallas, para que muchos puedan llegar a Jesús y tener ese encuentro personal



e intransferible con Él que les abra a los horizontes hermosos de descubrirse amados por Dios como hijos. Estamos llamados a ser transparencia de Jesús. Si viendo a los primeros cristianos, su modo de actuar y de vivir, muchos se sintieron atraídos por el motivo de su alegría y de su amor, hoy también es ésta nuestra primera llamada. Ser como la luna, decían los Padres de la Iglesia, que no tiene luz propia, sino que refleja la luz del sol. Así nosotros, si Jesús está impreso en nuestra vida, en nuestro rostro, en nuestra sonrisa, en nuestro actuar, lo transparentamos.

Estas actitudes personales de cada cristiano tienen también su lado comunitario e institucional. Todas las comunidades e instituciones de Iglesia están llamadas a vivir la transparencia en todos los aspectos de su vida. Desde lo administrativo, las relaciones laborales, el trato a las personas, la claridad de los procedimientos, el respeto a las diversas instancias de decisión, el sentido de la obediencia y de la subsidiariedad, la acogida a los que vienen a nosotros, etc.

Se trata de vivir el *“sí y el no”* del evangelio (Mt 5,37) sin agregados, sin confusiones, sin turbiedades. Pidamos a la Inmaculada Madre de Jesús su transparencia que nos lleva a su Hijo.

ANUNCIADORA



2 – Una Iglesia “anunciadora”, que da testimonio de Jesús Resucitado, de la alegría de ser cristianos, inquieta, que salga a buscar a los bautizados que se han alejado de la fe.

Nos alarma el número de nuestros hermanos que se han ido alejando de la práctica de la fe primero, y luego, poco a poco, de la misma vida de fe. La secularización en nuestro país fue muy profunda y ha creado ese vacío existencial que, pasadas las ideologías entusiasmantes que marcaron otros tiempos, hoy sólo parece llenar el ansia de consumo.

“La sociedad contemporánea ha multiplicado las ocasiones de placer, pero es incapaz de engendrar la alegría”, nos decía hace muchos años el Beato Papa Pablo VI. Nosotros sí conocemos la alegría, el sentido de la vida; la luz que vence las tinieblas del dolor, de la muerte, del pecado. Es la alegría de Jesús, que nadie nos puede quitar. Es una alegría que asume también el dolor y las dificultades del camino pero que, abriéndose a la confianza, permanece en nosotros como don del Espíritu.

Estamos llamados a dar testimonio, a anunciar la alegría de ser cristianos. No hay nada más bello, más hermoso, nada que nos haga más plenos, que nos amplíe más el horizonte, que conocer al autor de la vida, al que ha vencido a la muerte: a Jesús Resucitado.

No podemos quedarnos quietos en nuestras comunidades. No podemos tener nuestros templos cerrados, ni quedarnos nosotros adentro. ¿Cómo comunicar? ¿Cómo anunciar?



Muchas familias de tradición cristiana no han sabido o no han podido transmitir la fe a sus hijos, o han dejado esta tarea a la parroquia o a los colegios. Muchas esposas o madres van ellas por toda la familia a la Misa dominical, como si sus esposos o hijos estuvieran de más en la casa de Dios. ¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos de brazos cruzados?

No se trata de ver a la Iglesia como un “club” que busca tener más socios, sino que nuestros hermanos y hermanas que comparten nuestro diario vivir en este mundo no se pierdan la felicidad de ser cristianos. Allí donde entra Jesús y su evangelio, la vida cambia, se transforma, rejuvenece. Cada comunidad, cada cristiano, está llamado a preguntarse qué hace para compartir lo que le da sentido a su vida, y así anunciar a Jesús. En la oración estamos invitados a pedirle al Espíritu Santo el fuego de su amor, para que seamos capaces de escuchar a nuestros hermanos, y nos dé las palabras adecuadas y el gesto oportuno para esta misión: salir, dar testimonio. Anunciar el Nombre de quien es capaz de salvar. Si esto es necesario en toda nuestra sociedad, parece más urgente hoy en los barrios populares y aún más en los asentamientos, donde muchas veces nuestra Iglesia no logra llegar y anunciar, aún cuando esté presente en diversidad de servicios, verdaderos testimonios de solidaridad cristiana, en muchos de estos barrios.

María la Madre, primera creyente, es también figura de la Iglesia. Como ella ha dado a luz a su Hijo, también nosotros, Iglesia, estamos llamados a darlo a luz.

QUE VIVE LA COMUNIÓN





3 – Una Iglesia que vive la comunión. Capaz de vivir la diversidad con cariño. Donde haya una coherencia pastoral sin pretensiones de uniformidad.

En nuestra Iglesia de Montevideo hay diversidad de carismas, son un don del Espíritu Santo. Carismas diversos ligados a distintas comunidades religiosas. Carismas de fundaciones nuevas y movimientos. Carismas propios de la rica tradición de nuestra iglesia diocesana.

También entre nosotros hay diversidad de posturas o de tendencias, ya sea por razones políticas o históricas, teológicas o *“cardiológicas”*. A veces, tras nuestras diferencias, no siempre hay razones, sino también emociones. ¡Es natural que esto exista! Hay grupos que subrayan el compromiso social y otros que viven fuertemente la vida de oración. Hay grupos más reflexivos y otros más activos. Hay carismas más *“bochincheros”* y otros más silenciosos. ¿Nos vamos a pelear por ello? ¿Eran iguales Pedro y Pablo? ¿No vemos en la historia de la santidad la diversidad más abundante?

En el siglo XIII San Francisco y Santo Domingo encarnaron dos modos distintos de vivir según el evangelio. Ambos han dado a la posteridad, en tantos hijos e hijas, frutos abundantes de santidad. En el siglo XVI, en la Roma de la reforma católica, dos santos muy distintos, amigos entre sí, encarnaron también modalidades diversas de vida cristiana, ambas reconocida por la santa Iglesia: Ignacio de Loyola y Felipe Neri. El siglo XIX, tan pródigo en santos que se dedicaron a fundar obras educativas y de promoción, como Don Bosco y Don Orione, produjo la *“más grande santa de los tiempos modernos”*, la monja



contemplativa Santa Teresita del Niño Jesús, que llegó a ser patrona de las misiones sin salir de su convento.

La Iglesia es sacramento de comunión. La comunión no es uniformidad, es amor en la diversidad. Es el Padre que engendra desde la eternidad al Hijo. Es el amor del Padre y del Hijo cuya expresión personal es el Espíritu Santo.

¡Qué pobre una Iglesia uniforme! ¡Qué triste una Iglesia dividida! Estamos llamados a vivir la diversidad con cariño. A mirar y admirar los diferentes aportes. A aprender unos de otros. A no pretender que la propia perspectiva sea la única verdadera o que deba ser la de todos. Los santos también han tenido la sagacidad de estimularse en la diversidad y aprender de otros sin imitaciones serviles. Esto no quita nada a un sano sentido crítico que nos puede llevar también a una evangélica corrección fraterna, pero sí suprime una endémica enfermedad de críticas destructivas que tanto daño nos hace.

Esta diversidad vivida con cariño, esta comunión eclesial, implica también discernimiento a diversos niveles y la palabra orientadora del Obispo, ya para aceptar carismas nuevos, ya para estimular o corregir. Desde las fechas de convocatoria eclesial nacionales o diocesanas, donde a veces se superponen actividades propias que se colocan sin mirar el calendario común, hasta caminar por la propia cuenta sin tener en consideración las orientaciones pastorales de la CEU o la Arquidiócesis.



Pensemos por ejemplo en la Fiesta de la Virgen de los Treinta y Tres, que hace años se celebra el segundo domingo de noviembre. Es la única fecha en el año en que el Pueblo de Dios en nuestra patria con todos sus Obispos y muchos sacerdotes y diáconos celebra la Santa Misa en una convocatoria que es para toda nuestra Iglesia uruguaya. ¿La priorizamos en todas las comunidades? ¿Todos los carismas y las diversas instituciones católicas la tienen en cuenta en su planificación del año? ¿O acaso no pasa que muchas veces la ignoramos y ponemos otras actividades en esa fecha?

Sin duda siempre hay mucho para convertirnos, pero partamos de la base de que estamos para lo mismo: anunciar a Jesús, servir al Reino, hacer Iglesia en comunión. Somos hijos del mismo Padre, tenemos en María la Madre que teje la unidad de la familia de su Hijo. No seamos el punto que se escapa. Seamos madeja en las manos de esta Madre.

PARTICIPATIVA





4 – Una Iglesia participativa. Donde presbíteros, diáconos, consagrados y laicos encuentren su lugar y donde los organismos de participación sean efectivos y fecundos, instrumentos para la nueva evangelización.

Con mucho esfuerzo y cariño hemos elaborado a lo largo del año 2014 una propuesta de reforma de la estructura pastoral de la Arquidiócesis. La aprobamos “ad experimentum” por tres años. Es también camino, no fin en sí mismo. Es un intento pensado y estudiado que pretende dar mayor agilidad a nuestra estructura pastoral y servir de impulso a nuestra misión evangelizadora.

Podrá ser fructífero si nos ponemos al hombro esta reforma, si la miramos con simpatía, si participamos con renovadas fuerzas, si los jóvenes tienen lugar en ella.

Tres grandes fuerzas conformamos nuestra Iglesia: el clero (presbíteros y diáconos), la vida consagrada (en sus diversas formas) y los laicos (ya sea en las parroquias, movimientos o diversos grupos). Se trata de renovar la identidad de cada uno, de vivir sin invadirnos, en el respeto, la participación, la escucha, y la imprescindible complementariedad.

Seamos audaces en la comunión. Aprovechemos las instancias de participación que la Iglesia nos brinda. Huyamos de creérsela cuando representamos a otros, sino tengamos conciencia de que sólo somos servidores de la comunidad. Es fundamental que los jóvenes sean efectivamente partícipes de los diversos organismos eclesiales. Si ellos no



están, será importante que nos preguntemos por qué y que les demos el lugar correspondiente.

De parte de todos deberá estar la mayor disposición a que esta participación sea efectiva, que nos enriquezca y que estos organismos no se transformen en instrumentos “autorreferenciales” sino que miren a la misión de la Iglesia, al anuncio de Jesucristo.

En este sentido quisiera detenerme especialmente en la vocación laical. El peligro de la autorreferencialidad debe ser conjurado ante todo por los laicos. La participación en la vida interna de la Iglesia para el laico es importante, pero no debe ocupar el primer lugar en su vida cristiana. Vocacionalmente el laico está llamado a dar testimonio fuera de los ámbitos eclesiales.

Nuestra Iglesia conoció una fuerza laical impresionante con personalidades extraordinarias como Francisco Bauzá, Juan Zorilla de San Martín, Luis Pedro Lenguas, por mencionar tan sólo a los más lejanos en el tiempo. Fueron hombres de Iglesia metidos en la realidad de su tiempo. Fue así que hombres y mujeres católicos crearon instituciones educativas, deportivas, asistenciales, políticas, sindicales. Fundaron cajas de ahorro, diarios, revistas, mutualistas. No se trata de volver al pasado sino de vivir responsablemente nuestro ser cristianos hoy.

Como los apóstoles que, junto a María, recibieron al Espíritu Santo para evangelizar, también nosotros queremos ser un nuevo impulso al anuncio decidido y audaz del Reino, al mismo tiempo que discernimos en forma participada y eclesial los signos de los tiempos.

SERVIDORA



5 – Una Iglesia servidora que se pone del lado de los últimos.

La elección del Papa Francisco, desde la elección de su nombre hasta sus primeras palabras y gestos, nos recuerda cabalmente dónde tiene que estar el corazón de la Iglesia en fidelidad al corazón de Jesús: del lado de los pobres.

En la homilía de la Misa del pasado 15 de febrero, concelebrada con los cardenales presentes para el último consistorio, Francisco recordaba: *En consecuencia: la caridad no puede ser neutra, indiferente, tibia o imparcial. La caridad contagia, apasiona, arriesga y compromete. Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita (cf. 1Cor 13).*

Nuestra Iglesia tiene una hermosa tradición de compasión hacia el que sufre. Desde las obras asistenciales o de promoción que han estado presentes a lo largo de nuestra historia, hasta los jóvenes que cada noche de invierno salen a dar un plato de comida caliente y a compartir una sonrisa y una oración con los que están en situación de calle.

Muchos laicos cristianos han aportado y aportan, desde el sistema político o desde diversas instancias de la sociedad civil, a la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Este camino está llamado a ser un camino a recorrer juntos, donde no se trata tanto de “ir”, sino de integrar. No es tanto dar una mano al otro, sino darnos las manos, para caminar juntos como Pueblo de Dios, hijos del mismo Padre.



Somos además una Iglesia libre. Cuando nos manifestamos como Iglesia nuestros aportes no pueden estar condicionados, desde una opción política determinada, sino fijando los ojos en Jesús, poniéndonos del lado de aquellos con los que Él se identifica. Pidiendo la luz de su Espíritu para no ser engañados ni dejarnos llevar.

María, la *“dulce muchacha humilde de Palestina”*, dice palabras de fuego en el evangelio sobre el compromiso de Dios con los pobres: *“derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”*.

UBICADA EN LA SOCIEDAD PLURAL



6 – Una Iglesia ubicada en la sociedad plural en la que vivimos, que diga su palabra sin pretensiones hegemónicas, capaz de escucha y diálogo, pero sí anunciando a Jesucristo y las implicancias éticas de su seguimiento, con humildad y sin complejos.

Nuestra particular historia como Iglesia ha marcado nuestra idiosincrasia cristiana. Presentes en la patria desde antes que ésta naciera, fuimos parteros de este Uruguay querido. Pero tuvimos como Iglesia una debilidad de origen. Recién en 1878 se constituyó como tal la Iglesia oriental cuando fue creada la primera diócesis, la de Montevideo, con Mons. Jacinto Vera como su primer Obispo. Mientras tanto ya había comenzado el largo proceso secularizador. Se puede decir que nacimos *“en combate”*. La cristiandad colonial, tan fuerte en otros países de América, no estaba consolidada en nuestro suelo. El aluvión de inmigrantes, que multiplicó la población del país por catorce en menos de un siglo (1830-1900), encontró una Iglesia en formación, que era combatida y muchas veces *“ninguneada”*.

Nuestros mayores combatieron el *“buen combate de la fe”* desde la perspectiva que tenían en la Iglesia de su tiempo. Mons. Soler fue un visionario que dio importantísimos pasos de afianzamiento e identidad de nuestra Iglesia, pero su muerte temprana en 1908 dejó un vacío que fue difícil de llenar.

Hoy estamos en otro tiempo. La cristiandad ya fue. Vivimos en una sociedad plural, democrática, laica. Las visitas del Papa Juan Pablo II de 1987 y 1988 en el Uruguay que estaba saliendo pacíficamente, si bien con grandes heridas, de la dictadura, marcaron un nuevo rum-



bo, un nuevo estilo, nuevas posibilidades de relación entre la Iglesia y la sociedad uruguaya. Es importante que lo percibamos para ubicarnos en el contexto en que vivimos y donde estamos llamados a anunciar, sin ninguna pretensión hegemónica, pero con fidelidad y alegría, el gozo del Evangelio con lo que esto implica.

Abogamos por una laicidad positiva. De hecho, los primeros cristianos, al desafiar al poder sacralizado del emperador de Roma llamando Señor sólo a Jesús, dieron el primer paso histórico fundamental hacia la laicidad.

La laicidad positiva supone que todos los actores de una sociedad plural y democrática estamos llamados a colaborar procurando el bien común de la sociedad. La Iglesia, presente en nuestra historia desde sus inicios, que ha aportado en todos los campos del quehacer nacional, también tiene, a través de sus diversas instituciones y desde el ámbito de su jerarquía, una palabra que aportar, un anuncio que realizar.

En el contexto de nuestra sociedad el desafío que muchas veces se hace difícil para nosotros, y que no siempre resolvemos adecuadamente, ya sea por algún “complejo” propio o por prejuicios ajenos, es tener una clara identidad desde la cual dialogar, venciendo dos tentaciones opuestas: pretender dictar cátedra o diluirnos sin decir nada.

Somos la Iglesia Católica. En todos los temas que hacen a la dignidad humana tenemos una palabra que decir, un aporte que realizar. No



pretendemos en la sociedad plural que todos piensen como nosotros, pero no queremos callar nuestro aporte que consideramos digno y significativo.

Sabemos además que el diálogo nos enriquece. Ya sea en la interna de la Iglesia, donde muchas veces habrá diferencias de criterio dentro de la santa libertad de los hijos de Dios, o en el que establecemos con otros integrantes de nuestra sociedad, sea con otras comunidades religiosas, o en diversos ámbitos del quehacer nacional.

El diálogo ecuménico e interreligioso es una riqueza que nos ayuda en el respeto y la comprensión del otro, en aprender y compartir, así como en valorar la propia identidad.

No tengamos miedo al diálogo. Seamos capaces de escuchar. No rehuyamos la discusión si ésta se hace en un marco de respeto y libertad.

QUE HABLA UN LENGUAJE COMPRENSIBLE



7 – Una Iglesia capaz de hablar en un lenguaje comprensible.

Si hablamos un lenguaje que resulta incomprensible para aquellos a los que queremos llegar es obvio que no nos prestarán atención. Muchas veces damos por supuesto elementos básicos de la cultura cristiana, pero en la sociedad secularizada en la que vivimos no podemos hacerlo.

Un capítulo especial es el de nuestros niños y jóvenes de los diversos contextos sociales. Ellos pueden ser nuestros maestros para aprender un lenguaje comprensible para todos. A su vez el ocuparnos decididamente de su iniciación cristiana desde el hogar, la escuela, la catequesis parroquial, es clave.

Las familias cristianas, los jóvenes esposos que se comprometen a “*recibir los hijos y a educarlos en la fe*”, no pueden delegar en otros la formación religiosa y espiritual de los chicos, que comienza desde antes de nacer. Se da la paradoja cultural de que algunos corren desde el hospital a la sede del club de sus amores para hacer socios a sus hijos, como antes se corría para procurar el agua del bautismo.

¿Qué es lo que verdaderamente le va a dar sentido a la vida a nuestros niños? Se trata de tomar perspectiva de las cosas y descubrir lo verdaderamente valioso e importante. Para nosotros cristianos, no hay duda que sólo si ayudamos a nuestros niños y adolescentes a encontrarse personal y vivencialmente con Jesús, podrán descubrir el sentido, la fortaleza y la libertad de una vida profundamente digna. Una



comunidad cristiana está llamada a prestar atención a los chicos y jóvenes. Ellos tienen que encontrar su lugar entre nosotros.

El evangelio es por naturaleza anuncio, buena noticia que está llamada a llegar a todos. La comunicación fluida es para todas las edades. Siempre hubo diversidad de formas de comunicarnos y esto hoy se ha multiplicado. Si nos quedamos solamente en los elementos tradicionales y no buscamos en las nuevas tecnologías cómo hacer vivo y llamativo hoy el anuncio de Jesús, estamos perdiéndonos una oportunidad preciosa. Más aún cuando las nuevas posibilidades no siempre suponen un alto costo, sino más atención y sentido de la oportunidad.

QUE CELEBRA EL DOMINGO



8 - Una Iglesia que se reúne cada domingo a celebrar la Eucaristía.

La Misa dominical sigue siendo esencial para nuestro camino de fe. La insistencia de nuestros mayores en el precepto a cumplir generó en muchos la reacción contraria. Hoy se insiste poco en lo que constituye no el techo de la vida cristiana sino la base de la misma.

Hoy para muchos se trata de “tener ganas” o “sentirlo”. Nada más lejos de lo que constituye algo esencial, ineludible, para quien quiere tomarse en serio su bautismo. No se trata de anunciar ese “precepto a cumplir”, lenguaje que ya suena a obsoleto, sino de proclamar que este encuentro gratuito constituye el signo personal y profundo más evidente de pertenencia a la comunidad cristiana. No soy buen católico por ir el Domingo a Misa, estoy apenas balbuceando en la fe. Pero si no voy el Domingo me autoexcluyo de una instancia única de la vida de amistad con Dios, dejo al Buen Jesús en mi espera, voy poco a poco desenganchándome de la vida cristiana. Ésta termina siendo un traje que me pongo solo cuando me conviene, y cuando lo voy a usar lo encuentro apolillado.

Ir o no ir a Misa el Domingo se convierte así en una decisión que, aún sin pretenderlo, marca en un sentido u otro mi fidelidad a Cristo. Cuando dejo de participar voy “viviendo de rentas”, pero poco a poco mi vida se va alejando del Señor. El Domingo, que es por definición Su día, se va transformando en otra cosa, y se va vaciando de un contenido esencial de la experiencia cristiana, que no es tal, sin el encuentro personal y comunitario con Dios. Este encuentro semanal es, desde las



primeras páginas de la Biblia, un don y un mandato. A Dios se lo ama y también se lo obedece.

De ahí para arriba. De la Misa dominical a irme enviado por el Señor a vivir la vida cristiana allí donde estoy plantado. *“¡Levantemos el corazón!”* Necesito alimentarme del Señor y de su Palabra cada domingo, saber *“dar razón de mi esperanza”*. Reconociendo al Señor en la *“fracción del pan”* creceré en la sensibilidad de reconocerlo también en el rostro del hermano que sufre.

Cuando esta participación en la Eucaristía la vivimos como familia se refuerza aún más la unión a la que está llamada este signo visible de la Trinidad Santísima. La familia cristiana se consolida en la oración en común y aún más celebrando juntos el amor de Dios.

¡Qué responsabilidad la del sacerdote y la comunidad para preparar bien la Eucaristía dominical! La participación en la Misa ciertamente crecerá no por hacer de ésta un show entretenido sino haciendo accesible el misterio de la fe en su austera belleza. Una liturgia bien celebrada, cantos apropiados, un ministerio de acogida para los que recién llegan, una homilía con un lenguaje accesible para comunicar la Buen Noticia. Es el encuentro dominical que nos alimenta para la vida. La esencia de la vida cristiana es tremendamente simple y por ello tan adecuada a todos.

Concluyendo

Estas ocho intuiciones fundamentales, como Iglesia que peregrina en Montevideo, se las quiero proponer a todos los católicos de la Arquidiócesis. Estamos viviendo un tiempo favorable. El Papa Francisco, con su cercanía, nos invita a no quedarnos aletargados, sino a despertarnos, salir, anunciar.

Estamos en el año del sesquicentenario de la consagración episcopal de nuestro primer Obispo Mons. Jacinto Vera. Él tuvo el coraje de salir y anunciar, de entusiasmar y convocar. Su testimonio nos impulse. No desaprovechemos este tiempo, no nos quejemos de él, es el tiempo en que el Señor nos ha puesto para *“anunciar su Nombre y contar su fama a nuestros hermanos”*.

Fijemos los ojos en el Señor. María, Madre y figura de la Iglesia, nos aliente a ser transparencia de Jesús.

Con mi cariño y mi bendición.



Cardenal Arzobispo de Montevideo